SAN JUAN CRISOSTOMO

HOMILIAS SELECTAS

VOLUMEN I

Traducción por
R.P. Florentino Ogara

Serie
Los Santos Padres
N.º 26

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-1213-1991
I.S.B.N.: Tomo II - 84-7770-213-6
I.S.B.N.: Obra Completa - 84-7770-216-0
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN
Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

SAN JUAN CRISOSTOMO

IDEA GENERAL

Antes de ofrecer a nuestros lectores las homilías selectas de San Juan Crisóstomo, parécenos oportuno dar una idea sobre su vida y su elocuencia, y proponerle después por modelo de los que se dedican a predicar la divina palabra. Sintetizando, pues, estas ideas, trataremos en este prólogo *del Santo, del Orador y del Modelo de oradores.*

I
El Santo

San Juan, llamado por su áurea elocuencia *Crisóstomo (Boca de oro),* nació en Antioquía por los años de 347. Era el nombre de su padre Segundo, que se distinguió en las guerras de Siria, y el de su madre Antusa. Con la muerte de Segundo quedó ésta viuda a los veinte o pocos más años, cuando todavía Juan era muy niño, y dedicóse a su educación con el mayor esmero. Procuróle por maestro de elocuencia al célebre retórico Libanio, y de filosofía a Andrágato. En ambas facultades fueron grandes sus progresos, pero sobre todo en la elocuencia, tales que a su mismo maestro le llamaban extraordinariamente la atención. Bien lo mostró en cierta ocasión en que, habiendo Juan compuesto un discurso en honor de los Emperadores, quedó Libanio tan pagado de él que fue a leérselo a una reunión de entendidos, por los que fue diversas veces interrumpida la lectura con largos aplausos. Dícese también, que estando a punto de muerte Libanio, le preguntaron los que le asistían a quién dejaba por sucesor de su cátedra, y que respondió: *A nadie dejaría si no es a Juan, a no habérnosle arrebatado los cristianos.* Así fue, en efecto; por más risueñas que fueran las esperanzas que le ofrecía la carrera del foro, ya a los veinte

años había Juan mudado de modo de ser. Ya no hacían eco en su alma las alabanzas humanas; no le deslumbraba el brillo de los honores mundanos; otra voz más dulce resonaba en su interior; otra luz más viva había herido su mente; y entonces conoció la vanidad del mundo, y le despreció; y la gloria de la Cruz de Cristo, y se resolvió a abrazarse con ella. Aplicóse con todo empeño al estudio de las divinas Escrituras, comenzó a frecuentar el templo para hacer oración; hasta de porte exterior cambió por completo: sencillo, grave, muy modesto.

Semejante manera de proceder en un joven de veinte años no pudo menos de llamar la atención de San Melecio, que era a la sazón Obispo de Antioquía; habló con él, concedióle que entrara en su casa cuanto quisiera, le instruyó por espacio de tres años en las verdades de nuestra santa religión, y al fin le administró el Santo Bautismo y le confirió el Lectorado.

Entre los muchos amigos que tuvo durante el curso de sus estudios se distinguieron Teodoro, después Obispo de Mopsuestia, en Cilicia, Máximo, Obispo asimismo de Seleucia, en Isauria, y Basilio, con quien tenía el trato más íntimo y familiar. Ambos tenían especial afición ala vida recogida y trataron de retirarse a la soledad. Pero a Juan se le opuso cuanto pudo su madre.

Qué esfuerzos hizo en orden a detenerle, nadie nos lo contará mejor que el mismo Santo, en el libro I del Sacerdocio, cap. V:

"Apenas ella conoció que tenía yo este intento, me asió de la diestra y me llevó a una habitación suya separada, y haciéndome sentar cerca del lecho donde me dio a luz, derramaba fuentes de lágrimas y añadía unas palabras mucho más capaces de mover a compasión que las lágrimas, hablándome así entre gemidos:

"Yo, hijo mío, no pude gozar mucho tiempo, porque así plugo a Dios, de la virtud de tu padre. Porque sucediéndose su muerte a mis dolores en darte a luz, nos dejó a ti la orfandad y a mí la viudez prematura, con todas las desgracias de la viudez, que sólo las conocen quienes las sufren...

Con todo, a mí ninguno de estos trabajos me indujo a admitir segundas nupcias..., sino que permanecí en la tempestad y turbación; y no huí del horno fiero de la viudez, primero, por el auxilio que me prestó el cielo, y sobre todo, porque me daba gran consuelo en aquellas desgracias el ver continuamente tu rostro y conservar una imagen viva de tu difunto padre, y muy parecida a él... Por todo esto sólo una gracia te pido: que no me causes una nueva viudez, ni enciendas de nuevo en mí el fuego del dolor que ya ha reposado, antes esperes mi muerte: quizá moriré ya dentro de poco. Porque los jóvenes tienen esperanza de llegar a larga vejez, pero nosotros los ancianos ya no aguardamos nada fuera de la muerte. Cuando, pues, me hayas entregado a la tierra y mezclado mis huesos con los de tu padre, emprende largas peregrinaciones y navega los mares que quieras; nadie entonces te lo impedirá; pero mientras respiro aún, sufre el habitar conmigo."

"Estas y otras eran las palabras que mi madre me decía, y yo, a mi vez, a mi generoso amigo. El cual, no sólo no cejaba en su empeño al oírmelas, sino que persistía con más ahínco en pedirme lo mismo que antes (que nos retiráramos a la soledad)."

Con gusto seguiría traduciendo del mismo libro (*del Sacerdocio*, lib. I, § VI y VII) de qué ardid se valió para evitar el episcopado y hacer, en cambio, que fuera ordenado su compañero Basilio, que se le quejó amargamente, al ver como se había fugado. Retiróse S. Juan Crisóstomo a las montañas vecinas a Antioquía, y púsose bajo el magisterio espiritual de un sirio, que llevaba allí cuarenta años de vida en extremo rígida y austera. Era esto el año 372. No satisfecho aún su espíritu, penetró más adentro en aquellas montañas, y en una cueva desierta hizo por dos años vida tan penitente que incurrió en una grave enfermedad, con la cual quedaron sus miembros casi paralizados. Vióse con esto obligado a volver a Antioquía.

Era entonces Obispo de esta ciudad San Melecio, pero poco antes de partirse para el Concilio de Constantinopla (el año 381), ordenó de diácono a San Juan Crisóstomo, que desde entonces no cesó de derramar por todas partes la semilla de la divina palabra, edificando no sólo a su Iglesia, sino a toda la Cristiandad de Oriente con los ejemplos de su encendido celo. Cuando seis años después, muerto ya San Melecio, a quien sucedió en aquella silla San Flaviano, se vio por éste ordenado de sacerdote, y recibió el encargo de instruir con sus sermones a los cien mil cristianos que había entonces en la ciudad [1], ¿cómo se enardecería su celo, que ya de suyo más bien necesitaba de freno que de espuela? A pesar de la debilidad de su cuerpo, que siempre quedó flaco, pálido y demacrado, por no haber logrado reponerse por completo de sus antiguas maceraciones, vigilias y ayunos, predicaba, con todo, varias veces a la semana y aún varias veces un mismo día. Imposible contar las victorias de su celestial elocuencia; su palabra subyugaba los ánimos; el ejemplo de su vida los arrastraba a la virtud; por su elocuencia le comenzaron desde entonces a llamar Crisóstomo, y por su virtud le comenzaron a venerar como a Santo.

Extendíase ya entonces la fama de su admirable elocuencia y celo de las almas por todo el Oriente. Pero Dios N. S., que ensalza a los verdaderos humildes que en todas sus obras no atienden a otra cosa sino a darle gloria, persuadidos de que a sólo El se le debe, tenía reservado para San Juan Crisóstomo otro puesto superior, desde donde más fácilmente difundiera por toda la Cristiandad los rayos de su

celestial doctrina. Era el año 397: el 27 de septiembre falleció Nectario, Obispo de Constantinopla. ¿Quién más digno de sucederle que aquél que por su virtud y elocuencia extraordinarias atraía hacia sí las miradas de todo el Imperio Romano? Así pensaron Eutropio, primer ministro de Arcadio, y el mismo Arcadio, y el pueblo, y el clero, y más que todos San Flaviano. Con tan unánime consentimiento fue elegido por sucesor de Nectario en la silla patriarcal de Constantinopla el año 398. La única dificultad era arrancárselo al pueblo de Antioquía, que tan encariñado estaba con él. Púdose vencer este obstáculo por medio de un ardid, que fue llamarle a una iglesia de los Mártires, fuera de Antioquía, como para tratar otro negocio de parte del Emperador; y así fue llevado a Constantinopla, donde fue recibido con muchísima solemnidad, y ordenado de Obispo con universal regocijo el 26 de febrero del mismo año 398.

¿Quién ahora nos podrá describir la actividad de su celo pastoral? basta recorrer con la vista los títulos de sus homilías para quedar sorprendidos de tan infatigable tesón y constancia, ya en proporcionar a su grey el pasto de las divinas Escrituras, ya en apartarla de los lobos herejes que por doquiera la asediaban. Tan vivas eran, por otra parte, sus ansias de la propagación de la fe, que aún en el tiempo de su destierro le estimularon a favorecer cuanto podía a los que predicaban el Evangelio en la Fenicia, enviándoles recursos y dinero, y aún compañeros de su predicación y, por otra parte, tenía cuidado de las Iglesias de los godos y de los persas. ¿Qué entusiasmo sería el que su predicación causaba en el pueblo, cuando acudía en tanto número, que se veía el Santo obligado a no predicar en el puesto común, sino en medio de la iglesia, donde solían leer los lectores, a fin de que le pudiera oír el inmenso concurso, que muchas veces, no pudiendo reprimir su entusiasmo, interrumpía la predicación del Santo con repetidos aplausos y aclamaciones? –Y ¡qué libertad tan apostólica la suya! No conocía ese miedo que muchas veces aparece con máscara de prudencia. Como sabía quién era Dios, no temía a los hombres; predicaba sin temor el Evangelio, ni quería hacer traición a su causa. Bastábale saber que Cristo no reconocerá ante su Padre celestial a quien se avergüence de reconocerle entre los hombres, para predicar sin reparo contra los excesos de los grandes, contra el lujo, contra los juegos públicos, contra todo lo que no se aviniera bien con el Evangelio. ¡Cuánto nos debe enseñar su ejemplo de celestial valor en esta general pestilencia de cobardía!

Bien sabía él que esta libertad le causaría no pocas tempestades y torbellinos de odios y rencores. Pero ¿qué cosa más gloriosa, qué mayor premio puede haber en esta vida que padecer y morir por la causa de Cristo? Y este premio no tardó su divino Capitán en concedérselo, como lo vamos a ver.

Una vez reprendió con especial energía el demasiado lujo de las mujeres. Con esto dióse por ofendida la Emperatriz Eudoxia. Como sabía que el Obispo Teófilo andaba mal contento por unas diferencias que tuvo con el Santo, negoció con él que reuniera un Concilio de Obispos, desafectos a él, por haberlos depuesto, en el cual, por razones frívolas, decretaron que fuera San Juan Crisóstomo desterrado. Hízose así, en efecto, y de noche hiciéronle embarcarse, y lleváronle a Bitinia. Mas ya él se había despedido de su pueblo de una manera la más conmovedora. ¡Qué grandeza de alma! ¡Qué libertad tan evangélica respiran sus palabras!

"Muchas, dice, son las olas, y terrible la tormenta; mas no temo sumergirme, porque estoy sobre la piedra inconmovible. Enfurézcase el mar: no puede deshacer la roca; álcense airadas las olas: la nave de Jesús no se puede hundir. ¿Qué he de temer? decidme. ¿La muerte? *Para mí la vida es Cristo, y la muerte ganancia.* ¿El destierro? *Del Señor es la tierra y su plenitud.* ¿La pérdida de mis bienes? *Nada traje a este mundo, y nada llevaré de él.* Los males de este mundo los miro con desprecio, y sus bienes con risa. Las riquezas no las deseo, a la pobreza no le tengo miedo, la muerte no la temo. No deseo vivir sino para vuestro bien. Pero os ruego, amadísimos oyentes, que tengáis paciencia y buen ánimo, puesto que nadie me puede separar de vosotros; porque, a quienes Cristo juntó, no hay hombre que pueda separarlos... ¿Me atacas? ¿Y qué me dañarán tus ataques? Antes con ellos me haré más glorioso, y quebrantarás tus propias fuerzas. Dura cosa te será dar coces contra el afilado aguijón; no embotarás su punta, antes teñirás en sangre tus pies: como tampoco las olas deshacen el peñasco, sino que ellas se convierten en espuma."

En cambio, al pueblo le dice:

"Vosotros sois mi padre, vosotros mi madre, vosotros mi vida, vosotros mi alegría: si a vosotros os va bien, me doy por satisfecho. Vosotros sois mi corona y mis riquezas, vosotros sois mi tesoro. Mil y mil veces estoy dispuesto a inmolarme por vosotros."

¿Puede en un mismo discurso caber más energía contra los unos y más cariño paternal para con los otros?

Un día duró su destierro. Apenas salió de la ciudad, sublevóse el pueblo, sintiéronse las sacudidas de un violento terremoto, y cono-

ciendo Eudoxia que era una señal de la ira divina, atemorizada suplicó al Emperador que hiciera llamar a San Juan Crisóstomo. Accedió el Emperador; mandóse gente que buscara al Santo. Al tener noticia de lo que se pretendía, todo el pueblo procuró embarcarse; llenóse de naves la embocadura del Bósforo, y acompañado de treinta Obispos, y entre los himnos del pueblo regocijado, fue llevado en triunfo (año 403) a la iglesia de los Santos Apóstoles. Y por más que se excusó al principio, no pudo menos de hacer entonces mismo un discurso, cuyas primeras palabras son las siguientes:

"¿Qué diré? ¿Qué hablaré? Sea Dios bendito: esto dije al salir, y esto he repetido al volver; y cuando estaba fuera, esto pensaba conmigo mismo. Creo que os acordáis de cuando antes de partirme os puse el ejemplo de Job, que decía: 'Sea el nombre de Dios bendito.' Esta historia os dejé, y esta acción de gracias repetiré en mi vuelta. Sea el nombre del Señor bendito para siempre."

Y después de otros párrafos hermosísimos y conmovedores, dice que, gracias a las oraciones de su pueblo, ve ante sus ojos "las ovejas y no los lobos".

"¿Dónde, pregunta, se han huido los lobos? ¡Oh cosa inaudita! Descansa el pastor, y las ovejas han ahuyentado a los lobos rabiosos, han oprimido a las astutas zorras... ¿Cómo están ellos ahora? Sin duda yacen en la ignominia. ¿Cómo estamos nosotros? Rebosando alegría. ¿Cómo están ellos? Consumidos por su propia mala conciencia. ¿Cómo estamos nosotros? Llenos de regocijo, glorificando a Dios."

Parecía con esto serenada la tempestad, y así era por entonces; pero el trueno de su elocuencia contra todo exceso fue precursor de más espantosa tormenta.

Dos meses habían pasado desde su vuelta del destierro, y se le ofreció una nueva ocasión en que dar muestra de cuán sin miramientos cobardes ejercía, como otro San Pablo, su oficio de embajador de Cristo. –Habíase erigido una estatua en honor de la Emperatriz Eudoxia bastante cerca de la iglesia de Santa Sofía. Con motivo de su dedicación se hicieron delante de ella fiestas y juegos extraordinarios, no sin cometerse algunos excesos. No pudo sufrir el Santo semejante desorden, y más en frente de la iglesia. Predicó, pues, contra él con su acostumbrada libertad y energía; irritóse Eudoxia como una víbora, y resolvió reunir contra él un nuevo Concilio. Pero San Juan Crisóstomo, como si tanto más se enardeciera cuanto más le amenazaban, pronunció, según lo afirman Sócrates y Sozomeno, un nuevo discur-

so, cuyas primeras palabras, si son auténticas [2], bastan por sí solas para mostrarnos cuán poco temía su alma a los poderosos de la tierra. "Otra vez, dijo, se enfurece Herodías, otras vez se turba, de nuevo danza, de nuevo quiere ver en un plato la cabeza de Juan." Esto es más que no temer los peligros, es desafiarlos.

Demasiado extenderíamos esta narración, si quisiéramos detenernos en todas las circunstancias. Sólo trataremos de hacer un breve resumen. Con ocasión de su apostólica libertad, fue el año 404 desterrado de nuevo con tropelía y violencia. Poco antes que saliera de la ciudad, se atentó contra su vida; él mismo, saliendo de la iglesia por una puerta distinta, tuvo que eludir la diligencia del pueblo, que no hubiera consentido saliera de la ciudad. Fue llevado a Bitinia, y estuvo en Nicea hasta el 4 de julio (404); de allí le hicieron pasar a Cesarea de Capadocia, rendido de fatigas y de hambre y sed. Después de setenta días de violentas marchas (pues le forzaron a caminar, a pesar de verse en extremo debilitado y acometido de una violenta fiebre), llegó a Cucuso, ciudad desierta en el monte Tauro; aquí sufrió por espacio de un año continuos vómitos, dolores de cabeza, insomnios e intensísimo frío en el invierno, que fue aquel año de los más crudos. El año 405 pasó a Arabiso, a unas 20 leguas de Cucuso, y el año 406 cayó, por el rigor extremo del frío, en una enfermedad, y volvió otra vez a Cucuso, de donde pronto le forzaron a salir por ver el honor que se le hacía, y le trasladaron el año 407 a Pitionte, última ciudad del Imperio en la costa del Ponto Euxino. Finalmente, fue el término de su destierro y de su vida mortal una iglesia a dos leguas de Comana del Ponto, donde había sido enterrado San Basilisco, Obispo de Comana, martirizado el año 312, bajo el imperio de Maximino, juntamente con San Luciano de Antioquía.

En efecto; la noche misma en que llegó allá San Juan Crisóstomo, apareciósele San Basilisco, y le dijo: "Animo, hermano mío Juan; mañana estaremos juntos." Al día siguiente suplicó el Santo a sus guardas que no le sacaran de allí hasta las once de la mañana. Negáronse a ello. Ya le habían hecho andar más de legua y media, cuando viendo al Santo en extremo fatigado de un violentísimo dolor de cabeza, le volvieron a la misma iglesia. Apenas llegó, vistióse todo de blanco, dio las demás vestiduras a los allí presentes, recibió la Sagrada Eucaristía, hizo oración con ellos, y dijo al fin esta su jaculatoria favorita: *Gloria a Dios en todas las cosas*. Entonces, haciendo la señal de la cruz, y extendiendo modestamente los pies, rindió su alma,

llena de méritos y virtudes, al Supremo Hacedor, que, por haberle honrado con su palabra y ejemplos entre los hombres, le comenzó a honrar para siempre entre los ángeles y los hombres.

Así murió y fue glorificado aquel insigne Padre de la Iglesia, columna de la fe, astro brillante de santidad, antorcha de la verdad, trompeta del Evangelio y boca de oro, que todavía derrama y seguirá derramando, para bien de innumerables almas y gloria inmortal de Jesucristo, el inagotable torrente de su celestial elocuencia.

II
El Orador
§ 1

Elocuencia de San Crisóstomo en general.–Testimonio de Monfaucón.–Particularidades del método oratorio de San Crisóstomo.–Recomendación de las homilías.

Tres cosas, dice San Agustín, debe hacer el orador sagrado: *ut veritas pateat, ut veritas placeat, ut veritas moveat* [3]: que la verdad aparezca clara, que la verdad deleite, que la verdad mueva. Si esto no hay, no hay perfecto orador. Midamos por esta medida a San Juan Crisóstomo.

1. *Que la verdad se patentice.* ¿Qué se puede pedir para esto, sino mucha claridad en la argumentación, nada de oscuridad en el estilo mismo? ¡Qué bien cumplió con este requisito San Juan Crisóstomo! ¡Qué sencillez cuando expone las palabras de la Sagrada Escritura! ¡Qué abundancia de símiles, comparaciones e imágenes para desentrañar su sentido! ¡Qué riqueza de textos parecidos para derramar nueva luz sobre el que está explicando! ¡Qué corte tan popular el de su frase, cuando arguye! Muchos ejemplos se pueden citar en confirmación de lo dicho, pero bastante idea nos dará de la claridad y al mismo tiempo elegancia con que proponía los argumentos, este párrafo de su homilía 89 sobre San Mateo:

"Que los Apóstoles ni hubieran querido ni podido fingir la resurrección de su Maestro, si no hubiera acaecido, es claro por lo siguiente: Muchas cosas les habló sobre la resurrección, y continuamente, como ellos afirmaron, les decía: *Después de tres días resucito.* Por consiguiente, si no hubiera resucitado, es bien claro que ellos, a

fuer de engañados y expuestos por causa de él a la lucha contra toda la nación, y lanzados de sus casas y ciudades, le hubieran vuelto las espaldas y no hubieran querido concederle tal honor, como engañados por él y expuestos a los peligros más extremos.

"Y que no hubieran podido, si no fuera verdadera la resurrección, fingirla, no necesita de raciocinio. En efecto, ¿en qué confiaban? ¿En la fuerza de su elocuencia? ¡Si eran los más ignorantes! –¿En la abundancia de las riquezas? ¡Si ni aún calzado tenían! –¿En lo ilustre del linaje? ¡Si eran innobles y de padres innobles! –¿En la grandeza de su patria? ¡Si eran de lugares insignificantes! –¿En su mucho número? ¡Si no pasaban de once! –¿En las predicciones de su Maestro? ¿Qué predicciones? Porque, de no haber él resucitado, ni éstas les podían valer nada.

"¿Y cómo hubieran hecho frente al pueblo furioso? Porque si el que era Príncipe de ellos no hizo frente a la palabra de una portera, y los demás, viendo atado a su Maestro, se dispersaron, ¿cómo se les hubiera ocurrido recorrer los términos de la tierra, y sembrar por toda ella la doctrina de la resurrección? Porque si el uno no se sostuvo ante la amenaza de una mujer, y los otros ni ante la vista de las ataduras, ¿cómo pudieron mantenerse firmes ante los reyes y gobernadores y pueblos, donde cada día les esperaban las espadas y las sartenes y los hornos y muertes innumerables, a no haber participado el poder e impulso del resucitado? ¿Con que, a pesar de tales y tan grandes milagros como vieron, ninguno de ellos respetaron los judíos, antes crucificaron a quien los hizo; y a éstos, que sencillamente se lo decían, les iban a creer la resurrección? No hay tal, no hay tal, sino que la fuerza del resucitado obró tales prodigios."

¿Y qué elocuencia más popular que la suya? Arguyendo cómo el bien del hombre no está en lo exterior, sino en su virtud interior, y que, por consiguiente, aunque le quiten lo exterior, no le pueden causar verdadero daño, dice así:

"¿Cuándo llamas bueno al caballo? ¿Cuándo tiene freno de oro, cinchas de oro, caparazones de seda, mantas recargadas de oro, jaeces de brillante pedrería, crines entrelazadas con cintas de oro; o más bien, cuando es veloz en la carrera, tiene paso firme, anda con cadencia acompasada, tiene el casco cual conviene a caballo de generosa raza, es animoso y apto para largos caminos y para la guerra, puede resistir con fortaleza en los combates, y en caso de huida, salvar incólume a su dueño? ¿No es evidente que estas últimas dotes, y nos las primeras, hacen bueno al caballo? Y el ser buenas las bestias de carga, ¿en qué consiste? ¿No consiste en poder llevar fácilmente las cargas, en hacer fácilmente los viajes, en tener los pies que imiten en dureza a los peñascos? Y lo que por de fuera las rodea, ¿creemos que contribuye en algo para la bondad propia de su naturaleza? De ninguna manera. Además, ¿qué viña nos llamará la atención? ¿La que está revestida de sarmientos, o más bien la que está cargada de fruto? ¿Cuándo diremos también que es excelente un olivo? ¿Cuando tiene grandes ramas, mucho follaje, o más bien, cuando ostenta la abundancia de fruto que se extiende por todas sus partes? Hagamos, pues, esto mismo tratándose del hombre. Examinemos en qué está su bondad, y no tengamos por daño sino lo que la destruya. ¿En qué consiste, pues, la bondad del hombre? No en el dinero, para temer la pobreza;

no en la salud del cuerpo, para temer la enfermedad; no en el renombre con los otros, para temer la mala opinión; no en la vida por sí sola sin el fin por que nació, para temer la muerte; no en la libertad, para huir de la servidumbre, sino en la diligente atención a la verdadera doctrina, y en la rectitud de sus acciones. Ahora bien; esto ni el mismo Satanás es capaz de arrebatárselo a nadie, si quien lo posee lo custodia con la debida vigilancia; y bien lo sabe el mismo demonio, perverso y cruelísimo." Migne, *P. G.*, t. 52, p. 460.

Interminables nos haríamos si quisiéramos copiar ejemplos de este género. Véase si esta manera tan sencilla, tan natural, tan popular, es apta para lograr que la verdad se patentice a los oyentes: *ut veritas pateat.*

2. Vistos los ejemplos precedentes, no hay que decir si lograrán los discursos de San Crisóstomo *ut veritas placeat*, que la verdad deleite. ¿Cómo no ha de deleitar tanta abundancia de símiles, comparaciones y ejemplos de la Sagrada Escritura, figuras tan naturales, tan elegantes, y finalmente, la misma abundancia inexhausta y cadencia tan armoniosa de sus períodos? ¿A quién no cautiva en el discurso de la Epifanía la bellísima comparación, que en el exordio hace de la Iglesia con un puerto tranquilo y sin oleaje?

¿Quién no oye con especial placer este período tan elegante del discurso en favor de Eutropio?

"Noche era todo aquello y sueño, y llegado el día, desapareció; flores eran primaverales, y pasada la primavera, todas se marchitaron; sombra era, y pasó de largo; humo era, y se disipó; pompas eran, y se quebraron; eran telas de araña, y se deshicieron; por esto repetimos la sentencia del Espíritu Santo: "Vanidad de vanidades y todo vanidad."

¿Qué imaginación no se siente vivamente herida con esta pintura?

"Así como un caballo, al haber de pasar por un precipicio, se retira como para pasarlo de un salto; pero, al ver debajo el abismo, se asusta, se encoge, y después, al sentir que le hurga el caballero, se esfuerza a lo mismo, mas espántase como antes, e indicando la necesidad y la violencia que padece, detiénese y persiste largo rato relinchando en la punta del precipicio, hasta que, cobrando ánimo, lánzase confiado; así, al haberse de lanzar San Pablo como a un precipicio a sus propias alabanzas, retrocede primera vez, y segunda vez, y tercera vez, diciendo: *¡Ojalá aguantáseis un poco mi insipiencia!* (En la Homilía sobre estas palabras).

¿Quién no queda agradablemente sorprendido con sólo la abundancia de esta armoniosa enumeración, en que recorre los prodigios del poder de Cristo?

"¿No te parece ser muy grande el testimonio del poder, cuando se destruye la muerte con la muerte, cuando se quebratan las puertas de bronce, cuando se hace desaparecer el pecado, cuando se desvanece la maldición, cuando se trastornan todos los males antiguos, y se introducen otros bienes nuevos? ¿Qué hay comparable con este poder, ora se busquen milagros, ora buenas obras? Eran resucitados los muertos, purificados los leprosos, arrojados los demonios, refrenada la mar, destruidos los pecados, restablecidos los paralíticos; abríase el paraíso, rompíanse las piedras, rasgábase el velo del templo, oscurecíanse los rayos del sol y cubrían al mundo las tinieblas, resucitaban los cuerpos de los santos que habían reposado, volvía el ladrón a su antigua patria, extendíanse las bóvedas del cielo, la naturaleza hasta entonces pisoteada se remontaba a las alturas sobre los cielos de los cielos, y, lo que es más todavía, se asentaba en un trono real, asistiéndole los ángeles y las potestades; era desterrada toda maldad, restituida la virtud, concedida la gracia del Espíritu Santo; los pecadores, y los publicanos, y los artesanos tapaban las bocas de los filósofos, confundían las lenguas de los oradores, destruían la tiranía de los demonios; las aras, los templos, las fiestas, los espectáculos de los gentiles desaparecían..." "Y no hay parte que mire el sol, adonde no fuera su palabra después de la Cruz y de la resurrección."

Léanse debidamente este y otros innumerables párrafos semejantes, y dígasenos si hay torrente que fluya tan abundante y sonoro.

3. Si la verdad se patentiza, y de tal manera que agrade, nacerá espontáneamente la tercera condición de la elocuencia: *ut veritas moveat,* que la verdad conmueva. Cierto, que esta doctrina no se ha de entender de manera que primero se exponga sencillamente y sin adorno, después se añadan flores, y finalmente se agreguen, como postizas, algunas exclamaciones o interrogaciones y otras figuras de movimiento, sino que todo ha de ir ordinariamente junto; porque ni la doctrina ha de ir descarnada y sin adorno, ni ambas cosas sin movimiento y vida; antes bien, como en un mismo árbol hay tronco que sostiene, y hojas que adornan, y frutos que tienen utilidad, así en la elocuencia ha de haber al mismo tiempo razón, ornato y movimiento. Pero, con todo, dado que en unas partes brilla más, según su fin particular, una de estas tres cosas, vamos a considerar qué elocuencia despliega San Juan Crisóstomo en el movimiento de los afectos.

Estos se pueden considerar, ya como la llovizna, mansa, que blandamente va penetrando en la tierra, ya como la lluvia abundante y copiosa que en un momento la fertiliza, ya como la tempestad amenazadora, que aterra con espantosa tronada, ya como el rayo que hiere con su fulgor, y derriba y abrasa con su fuerza y su fuego. Aplicando estas comparaciones a los afectos de San Juan Crisóstomo, ¿qué lluvia más blanda, o por mejor decir, qué rocío más suave que estos afectos?

"¡Cuántos dicen ahora (de Cristo): Quisiera ver su forma, su figura, sus vestidos, su calzado! Pues helo ahí, a él ves, a él tocas, a él comes. Tú te contentas con ver sus vestiduras, mas él te concede no sólo verle, sino comerle, tocarle, recibirle dentro de ti!"

Y ¡cómo anima en seguida a recibirle con esta tierna repetición:

"¡Nadie, pues, se acerque a recibirle con náuseas, nadie con tibieza, todos encendidos, todos fervorosos, todos animados!"

¡Cómo excita los afectos de reverencia y de temor, cuando a continuación dice:

"Porque si los judíos, puestos de pie, comían el cordero con gran prisa, teniendo el calzado en sus pies y básculos en sus manos, mucho más conviene que estés tú alerta. Puesto que si ellos habían de ir a Palestina, y por eso tenían la figura de caminantes, tú, en cambio, debes trasladarte al cielo. Por lo tanto, en todo debes mostrarte diligente, pues no es pequeño el castigo con que se amenaza a los que indignamente comulgan. Piensa cómo te indignas contra el traidor y contra los que le crucificaron, y mira no te hagas también tú reo del Cuerpo y Sangre de Cristo. Ellos mataron su Santísimo Cuerpo, ¿y tú le recibes con el alma sucia después de tantos beneficios? Porque no se contentó con hacerse por ti hombre, ser herido con bofetadas y crucificado, sino que se une y mezcla con nosotros; y no sólo por fe, sino en realidad nos hace su propio cuerpo.:

Y ¿qué lluvia más copiosa que aquella otra serie?

"¿Qué pureza no debería tener el que disfruta de tal sacrificio? ¿A qué rayo solar no deberá vencer en resplandor la mano que divide esta carne, la boca que se llena de este fuego espiritual, la lengua que se enrojece y tiñe con tan venerable sangre? Piensa bien cuán crecido honor se te ha hecho, de qué mesa disfrutas. A quien los ángeles ven con respeto ni se atreven a mirar por el resplandor que despide, ese es nuestro alimento, con él nos unimos nosotros, y nos hacemos un mismo cuerpo y una misma carne con Cristo. ¿Quién dirá el múltiple poder del Señor, y hará que resuenen todas sus alabanzas? ¿Qué pastor apacienta a sus ovejas con su propia sangre? ¿Y qué digo pastor? Muchas madres hay, que después de los dolores del parto dan sus hijos a otras que los críen. Mas él no lo consintió, sino que él mismo nos alimenta con su propia sangre, y nos une consigo mismo."

¿Y qué brío no tienen las palabras que poco después dice?

"¡No se acerque ningún Judas, ningún avaro, porque a los tales no recibe la sagrada mesa!..."

"No se acerque ningún inhumano, ningún cruel y duro de corazón, ninguno absolutamente que esté sucio. Os lo intimo a los que comulgáis, y a los que adminis-

tráis la Comunión. No os amenaza pequeño castigo, si admitís a la participación de esta mesa a alguno que notoriamente esté manchado de culpas. Su sangre se exigirá de vuestras manos. Aunque sea general de la milicia, aunque sea magistrado, aunque sea el príncipe coronado de diadema, si le ves acercarse indignamente, apártale, mayor es tu poder que el suyo." Homilía 82 (al. 83) sobre San Mateo.

¿Qué tempestad empieza con truenos tan temerosos como el discurso de los espectáculos? ¿Qué rayo abrasa más que la excomunión que lanza contra los que no se abstengan de ellos?

Sus panegíricos, ¿no están rebosando entusiasmo? ¿No aparece, por ejemplo, en el panegírico de los Santos mártires una santa envidia del martirio? Sus oraciones morales, ¿no animan a la práctica de la virtud? ¿Quién lee los discursos de San Juan Crisóstomo, que no se sienta movido a lo que el Santo pretende? Un detenido análisis de lo que aquí no hacemos sino mencionar, haría ver la verdad de lo que decimos. Baste decir, que hace del oyente lo que quiere. Aunque no lo supiéramos por la historia, nos bastaría leer sus discursos. Y no puede menos de ser así. Porque en ellos, ¿qué vemos? El lenguaje de un hombre poseído de la verdad, que con todas sus fuerzas procura inculcarla a los oyentes; de un orador que sabe usar los recursos del lenguaje figurado para dar nueva vida a las cosas; de un santo, que con el fuego de su alma comunica a las palabras un calor sobrehumano que enciende en fervor los pechos de los que las leen; en resumen, el lenguaje de los afectos, encendido y avivado con el fuego de la santidad. Si no fuera por esto, no admiraríamos la elocuencia del Santo Patriarca de Constantinopla: no diríamos, como dice un autor refiriéndose a la visión que tuvo de San Pablo, que el más elocuente de los Apóstoles formó al más elocuente de los Santos Padres, sino en todo caso, al mejor hablista; no le llamaríamos a boca llena el Crisóstomo, el Príncipe de los oradores cristianos.

* * *

Por ser de tan justamente celebrado crítico, no quiero dejar de poner aquí los elogios que de la elocuencia de San Juan Crisóstomo hace el Benedictino Bernardo de Montfaucón [4]. Hablando de la dificultad de reunir las obras del Santo, "Son, dice, una biblioteca, no un libro, los Opúsculos, Comentarios y Cartas de tan insigne Doctor... Sin embargo, añade poco después, por grande que sea el trabajo, se emprende con gusto, tratándose de San Juan Crisóstomo, Doctor tan

ilustre, orador consumado, que *hermoseó la doctrina del Cristianismo con los atavíos de la elocuencia más que ningún otro,* ya de los que le precedieron, ya de cuantos florecieron después de él... Presbítero de Antioquía por doce años, Obispo en Constantinopla por cinco o seis, nunca cesó de predicar, y arrebató en pos de sí la admiración de todo el Oriente. Bien se presentara con preparación, bien sin ella, todo se lo hallaba hecho, usando siempre de aquella manera de hablar que había de ser más a propósito para persuadir. Su método más tiene de elegancia natural, que de artificiosa diligencia; cuando se vale del arte, de tal modo lo atempera, que siempre queda oculto el artificio y la traza que se da para redondear el discurso. Le fluye expedita y abundante la palabra, llena de hermosura y encanto; de modo que le cae admirablemente el verso de Homero:

Más dulce que la miel su voz fluía.

"En claridad a nadie cede, si no es que los supera a todos. *En la invención,* que nace de la felicidad del ingenio, *deja atrás, con mucho, a todos cuantos oradores han existido hasta ahora.* Da vueltas al asunto de mil maneras inesperadas, y se encamina a su fin por donde nadie lo hubiera adivinado; y esto, con tanta libertad y soltura, que, bien mirada la cosa, se creerá que no pudo dirigirse al término propuesto por ningún otro camino, ni con rumbo más feliz. Pero como nada engendra la naturaleza absolutamente perfecto, y nada produce el arte acabado en todos sus perfiles, una cosa hallarás acaso digna de reprensión en nuestro orador: y es la abundancia de tropos y semejanzas, que redundan a veces hasta el hastío. Pero de esto más se debe culpar al siglo en que vivió que al mismo Crisóstomo... Excitó las lágrimas como quiso, enmendó los vicios, aumentó la fe cristiana, derrotó a los judíos y herejes. Ni fue menor su mérito en la dialéctica que en la oratoria; y esto no podrá menos de confesarlo quienquiera que diligentemente hubiere leído sus discursos contra los anomeos y contra los judíos, en los cuales disputa agudísimamente, y de tal manera urge a sus adversarios con la fuerza de su raciocinio, que no les queda camino por donde escapar..."

Palabras de tanto encomio corroboran lo que de la elocuencia de San Crisóstomo vamos diciendo, a saber: cuán excelentemente obtuvo en sus homilías el triple fin que la elocuencia debe pretender: que la verdad se patentice, agrade y mueva el corazón.

* * *

Después de haber considerado, aunque muy de ligero, la elocuencia de San Crisóstomo, en general, algo parece que debemos decir de su método, y en particular del género homilético.

Feliz fue, por cierto, la ocurrencia de quien llamó por primera vez a San Crisóstomo el *Homero de los oradores*. Puédese afirmar, en efecto, con bastante exactitud, que tiene en la elocuencia las mismas virtudes, y aún los mismos vicios, que Homero en la poesía. Inventiva fecundísima, amplitud inexhausta, viveza descriptiva, sencillez proverbial, naturalidad y cierto colorido de popularidad encantadora son las dotes por todos reconocidas en el épico griego. Difusión y languidez, a veces por el mismo hecho de descender a tantas minuciosidades, es uno de sus principales lunares.

Contemplemos ahora a San Crisóstomo. De su inventiva poco podemos decir que no sea lánguido, aunque sólo atendamos, por ejemplo, a la serie de homilías que escribió sobre el Evangelio de San Mateo, parte pequeña de sus obras, en que, a pesar de lo parecido de la materia, hay tanta riqueza y variedad en la exposición.

Como el épico griego, San Crisóstomo tampoco se da prisa por acabar: se complace en desarrollar la materia por completo, y desentrañar las sentencias bíblicas, y hacer saborear a sus oyentes todo el jugo que logra exprimir aun de los vocablos de la Escritura. A la manera de un diestro nadador, no se fatiga braceando con angustioso movimiento, sino se complace en avanzar con majestad a través de la tranquila superficie.

Rara vez le veréis en sus homilías prorrumpir en afectos y exclamaciones, hasta haber satisfecho la inteligencia con la expresión pausada y minuciosa de la doctrina; como cauce henchido y caudaloso, se adelanta reposado, y no rompe en cascada hasta el fin de su carrera.

De esta amplitud en el desarrollo procede en San Crisóstomo como en el épico griego, al descender a minuciosidades, que dan a sus discursos tanto interés de actualidad, y los hacen ser una verdadera *homilía (conversación)* con los oyentes.

San Crisóstomo es eminentemente práctico; inútil sería el trabajo del herrero, si cuando saca de la fragua el hierro chispeante, no lo sometiera al golpe del martillo para darle la forma que pretende; así San Crisóstomo, en sus más ardientes amplificaciones, no se olvida de sacar las consecuencias más aptas para su auditorio.

Sagacísimo observador y pintor minucioso, no se contentará con vituperar los vicios en general, sino que os los pintará con los pormenores más a propósito para hacerlos odiosos, y aún para ridiculizarlos, si el caso lo merece. Oídle en la homilía sobre la Resurrección vituperar la embriaguez, y os parecerá ver el ebrio con toda la degradación de su vicio. Vedle comparar a los gentiles con los niños [5], y presto oiréis los murmullos de aprobación que brotan de sus oyentes por la viveza de la descripción. Leed la manera como en la homilía 49 sobre San Mateo reprende, entre severo y jocoso, el lujo del calzado, y ya os conmoverá profundamente por lo sentido de sus quejas, ya os hará sonreír por lo satírico de sus frases y descripciones.

"Temo, dice, no vaya a suceder, que si esto sigue adelante, vengan a usar nuestros jóvenes el calzado de las mujeres, sin la menor vergüenza. Y lo peor es que lo están viendo sus padres, y no se indignan, antes lo toman por cosa indiferente. ¿Queréis que os diga otra cosa más grave? Pues mientras tal hacéis ¡se ven muchos pobres en la miseria! ¿Queréis que os ponga en medio a Jesucristo hambriento, desnudo, sujeto, encadenado? Pues ¿qué rayos del cielo os mereceréis, si no hacéis caso de él viéndole aun sin el necesario sustento, y en cambio adornáis con tanto empeño las pieles del calzado...?

"El que tan solícito se fija en el mérito de las costuras, en lo florido de los colores y en las figuras de hiedra que imita el tejido, ¿cuándo podrá mirar al cielo? ¿cuándo admirará la hermosura de allá arriba el que se pasma de la hermosura de unas pieles, y va mirando a la tierra? Dios extendió el cielo, encendió el sol, arrebata tus miradas hacia arriba; ¡y tú te obligas, cual animal inmundo, a mirar abajo, y te rindes al demonio!... Va andando con la cabeza baja el joven a quien se manda pensar en el cielo, más ufano que si hubiera hecho una grande hazaña, y camina de puntillas por la plaza, creándose continuamente superflua molestia y zozobra, por no mancharlo de lodo en el invierno, ni cubrirla de polvo en el verano. ¿Qué es lo que dices, hombre? ¿Has arrojado al fango toda tu alma por ese lujo, no haces caso de verla arrastrarse por la tierra, y te ahogas de zozobra por el calzado? Aprende su buen uso, y avergüénzate de la estima en que lo tienes. ¡Para pisar el barro y el cieno y todas las inmundicias del suelo se hicieron los zapatos! ¡Y si esto no puedes oír, suéltatelos, y cuélgatelos del cuello, o póntelos en la cabeza! –Os reís al oírlo; ¡pero a mi me sobrevienen las lágrimas por la manía y solicitud superflua de los tales!".

Este y otros innumerables pasajes de sus homilías, que se pudieran citar, maravillosamente pintan no menos su destreza y facilidad en trazar cuadros interesantes de la vida ordinaria con los rasgos más característicos y salientes, que su extremada flexibilidad para dar a los discursos un interés casi dramático. En las homilías de San Crisóstomo nunca se ve al orador aislado; siempre le veréis *hablando* con los oyentes; de ahí las frases: "¿Cómo así?" ¿Cómo se entiende esto?" "Os lo voy a explicar más claro"... "¿Por qué razón?"... De ahí tantos

dialogismos, tantas objeciones, tantas comparaciones, caseras muchas veces, pero muy gráficas, y siempre expuestas con mucha novedad; basta que él sospeche que los oyentes no le han entendido, para repetir la misma doctrina en mil formas que su ingenio fecundo y popular le suministra. ¡Cuántos tesoros puede desentrañar en la mina riquísima de sus obras todo aquel que se dedique al ministerio de la predicación sagrada, pero sobre todo el párroco celoso, encargado de la instrucción del pueblo! ¡Cuántos artificios aprenderá para cautivar la atención de sus oyentes, en aquella red de símiles y comparaciones de preguntas y respuestas! y sobre todo ¡cómo aprenderá a tener continua comunicación con sus oyentes, al sentir en las homilías como palpita por los intereses eternos de su pueblo el hermoso corazón de San Crisóstomo!

¿Y qué importa que a veces se eche de menos la estricta unidad que suele haber en nuestros sermones? Aquella elocuencia paternal, comunicativa, insinuante, popular, nos parece mucho más digna de su nombre. No obliguéis al pescador a que extienda su red con más o menos regularidad, con tal que logre henchirla de peces. Si la verdadera elocuencia consiste principalmente e discursos trazados a orden, ¡enhorabuena! concedamos la palma a la mayor parte de los sermones modernos; pero si la verdadera elocuencia consiste en hacer palpitar el corazón del orador en el pecho de los oyentes, en valerse de la palabra para hacer de los oyentes lo que se quiere; podrá decirse que un discurso donde haya menos orden, sea menos limado, menos académico; pero si logra conmover, si logra encender el corazón, si logra abrir brecha en el entendimiento y asaltar la fortaleza de la voluntad, siempre será más elocuente. ¿Qué importa que San Efreén en los discursos del juicio final vaya sin orden, haciendo brillar, como relámpagos, las escenas del último día, si su arrebato llena de saludable terror a su auditorio, y le hace prorrumpir en llanto de penitencia? ¿Qué importa que el Beato Avila, en algunos tratados del Santísimo Sacramento, se detenga en inútiles digresiones, si por otra parte enciende el pecho de los oyentes con las llamaradas de amor a Cristo, que brotan ardientes de su corazón? Defectos son éstos que, en comparación de otras grandes virtudes, y sobre todo de la verdad, sinceridad y fuego apostólico que respiran sus páginas, apenas si merecen ser tenidos en cuenta y no matan el brillo de la verdadera elocuencia. No ignoraba, no, las reglas de la unidad San Juan Crisóstomo, discípulo el más aventajado del celebérrimo Libano, pero, sin embargo,

juzgaba más oportuno sacrificar sus ideales a la capacidad y necesidad del pueblo. Está explicando una parte de la Sagrada Escritura; cunde por el pueblo un vicio; si tiene relación con la materia que explica, se aprovechará de este enlace para reprimir el vicio, sin romper la unidad de su homilía, pero si no existe tal lazo de unión, tampoco se preocupará mucho: cuando haya terminado la explicación, y sacado las consecuencias prácticas de ellas, cortará de repente el hilo, y atacará el abuso introducido, un día, dos y veinte, y no descansará hasta verlo desarraigado.

Con razón dice el P. Longhaye, en su preciosa obra sobre la predicación [6]:

"Todo esto no siempre se podrá decir bien trabado, perfilado, académico; pero ¿dónde está lo grave de este mal? Que falta simetría al discurso; sea así, pero el predicador ha desempeñado bien su oficio, y he aquí cómo la retórica se sacrifica al apostolado. La retórica, decimos, y no la elocuencia, porque tales homilías (de San Crisóstomo) divididas en dos partes, son las más de las veces maravillosamente hermosas, y se da en ellas, sobre todo al predicador ordinario y encargado de las almas, una lección de generosa independencia de las reglas comunes y del bien decir".

Además, téngase en cuenta que cada homilía por separado, sobre todo cuando se comienza la explicación de un pasaje largo de la Escritura, no siempre puede tener la misma perfección absoluta que un sermón, donde se desarrolla por completo un tema; pero, en cambio, la homilía es como la lección de una cátedra, que no se ha de considerar aislada, sino como dependiente del encadenamiento de las demás; y este género bien se ve cuán propio es de los que, por razón de su cargo o por otras circunstancias, se ven precisados a hacer largas series de instrucciones.

* * *

Pero ¿y hemos de volver a las homilías? –Y ¿por qué no? ¡Cuánto más interesantes y útiles serían que muchos de los sermones modernos! Con la infinita variedad de tantas historias del Viejo y Nuevo Testamento, con tantas preciosidades de doctrina, atesoradas en cada una de las divinas sentencias, y, sobre todo, con la fuerza y eficacia divina de la palabra de Dios, ¿no es cierto que renacería la avidez de oír en los oyentes, y les entraría más en provecho el manjar divino, y, por otra parte, se aliviaría, y no poco, el tedio de los mismos predicadores, que muchas veces no saben de que echar mano, por haber

agotado sus recursos oratorios? Seguiríase, además, el grandísimo fruto de que los predicadores nunca se lanzasen a hablar sin preparación más o menos esmerada, y no se desacreditaría, como hartas veces sucede, por no decirse cosa de sustancia, el púlpito sagrado. No quiere esto decir que se vayan a escribir íntegras las homilías, sobre todo cuando se tiene dominio de la palabra; y parece cosa cierta que San Crisóstomo y la generalidad de los Santos Padres, aunque las pensaban muy bien, no escribían de antemano sus homilías, que se conservan gracias a la diligencia de los taquígrafos [7], por lo cual se ven en ellas rasgos preciosos de espontaneidad, que nacen de sucesos imprevistos; pero lo que sí se debe exigir es que siempre se preparen con mucha precisión las ideas, y vaya el orador a presentar ante los oyentes lo que Horacio decía a otro propósito: *rem, rem, quocumque modo rem*, y no se les pueda achacar el verso proverbial:

Sunt verba et voces, praetereaque nihil.

Tampoco tratamos de aprobar exclusivamente la homilía: esta sería una exageración de mal género. Sólo tratamos de levantarla del polvo en que yace. Ahora que, con un nuevo gerundianismo, llamémosle así, científico, se habla muchas veces como desde un trono de nubes, y se cumple en muchas partes la queja de Jeremías: *Pidieron pan los niños, y no hubo quien se lo partiese*, pues están los pueblos hambrientos del pan de la divina palabra, y no se les da, o se les da sin partir, que es lo mismo; la sencillez y la verdad de la homilía nos parece el remedio más apto de tan lastimosos males. ¡Ojalá podamos contribuir en algo para remediarlos con nuestros débiles esfuerzos!

§ 2.
Elocuencia de San Crisóstomo en ocasiones extraordinarias. 1. Eutropio.– 2. Espectáculos.– 3. Estatuas, etc.

Pero si en todos los discursos en general es tan admirable, no se puede negar que hizo mayor ostentación de su brillante elocuencia en las circunstancias especiales que se le ofrecieron. Porque así como un capitán muestra mucho mejor su destreza cuando repentinamente se le presenta una batalla inesperada, y va sin el suficiente número de armas y soldados; así también no es tan admirable la elocuencia de un

orador cuando lleva sus discursos bien provistos de argumentos, ejemplos, etc., por más que después deje en libertad a su ingenio usar ya de unos, ya de otros pertrechos, como cuando de repente se ve en la necesidad de reunir y de colocar en orden de batalla sus argumentos, y pronunciarlos ante numeroso auditorio. Circunstancias semejantes se le ofrecieron más de una vez a San Juan Crisóstomo.

1. Sabida es la ocasión del célebre discurso en favor de Eutropio. Era éste ministro del débil Emperador Arcadio; después de haber hecho caer de su puesto a su rival Rufino, fue por el Emperador nombrado cónsul, el año 398. A pesar de las prudentes advertencias y consejos de San Juan Crisóstomo, que ninguna mella hicieron en su ánimo, como aparece en el discurso (§ II. "¿No te decía yo", etc.), de su poder e influencia se aprovechó para desterrar a los principales personajes, y cometer desafueros contra los cristianos. Entre otros decretos que arrancó del Emperador; uno fue que nadie, al verse en peligro, se pudiera refugiar en la iglesia; y que si alguno lo hiciese, pudiera ser arrancado de allí a viva fuerza. Bien lejos estaba de creer que con este decreto echaba un lazo a su propia gargante. En efecto: no pudiendo ya aguantar sus arbitrariedades, la Emperatriz Eudoxia, ayudada de Gainas, malvado arriano, sublevó contra él al pueblo y los soldados: bien pronto el mismo Emperador, por condescender con el godo Tribigildo, pidió su cabeza: al verse perseguido, refugióse en la iglesia, de donde le quería también arrancar el pueblo y un grupo de gente armada: a todos hizo frente San Juan Crisóstomo; acudió al Emperador y obtuvo de él que pudiera Eutropio ser inviolable dentro del asilo de la iglesia: el día siguiente, que era destinado para celebrar a los Santos Mártires, acudió a la Iglesia inmenso concurso. San Juan Crisóstomo, teniendo delante a Eutropio, que había permanecido allí por miedo de que le mataran, considerándole como una viva imagen en que se representaba la debilidad humana, pronunció este hermosísimo discurso. Y ¿cuál fue su artificio? "Siempre, exclamó, pero sobre todo ahora, es oportuno el decir: *¡Vanidad de vanidades y todo vanidad...!*" Sublime manera de empezar en aquellas circunstancias. Pero, ¿quién, al oír esto y lo que sigue, no creería que exacerbaba más y más la irritación de la plebe contra Eutropio? Más, en realidad, nada más a propósito para calmarla, porque después que parece haberse desahogado contra él, hecho como intérprete de los sentimientos del pueblo, pasa muy fácilmente a sosegarlo, diciendo:

"Y no digo esto para echárselo en cara e insultarle en su desgracia, sino con la intención de ablandar vuestras almas, y moverlas a misericordia, y persuadiros a que os contentéis con la pena que le ha sobrevenido."

Y nada más diremos del extraordinario mérito de este famosísimo discurso.

2. ¿Y qué podremos añadir sobre el tan justamente célebre contra los espectáculos? Aquí es donde San Juan Crisóstomo dejó suelta la rienda a sus afectos, ya de indignación, ya de dolor y vehemente sentimiento. Sólo el leerlo con atención basta para sentirse como abrumado con el peso de sus palabras; ¿qué sería oírlo de su boca? La ocasión no era para menos. El Jueves Santo del año 399 celebrábanse en Constantinopla las fiestas de los juegos circenses; olvidada la ciudad de lo que pide en tal día la gravedad cristiana, y de que el Miércoles o Martes Santo, afligidísima por una terrible tempestad, había acudido al cielo con rogativas (como se lo dice gravísimamente el Santo), acudió a los juegos del circo, en que tantos excesos solían cometerse; no contenta con esto, el mismo Viernes Santo concurrió a los espectáculos del teatro. Ya se ve qué impresión causaría tal conducta en el ánimo del Santo orador. Así es que el Sábado Santo, como no pudiendo ya reprimir el cielo, pronunció este discurso admirable, prorrumpiendo en aquellas vehementísimas palabras: "¿Esto se ha de tolerar? ¿Esto se ha de consentir?" Y terminó con la formal excomunión de los culpados. No podemos menos de confesar que es tal peso y la fuerza de este discurso, que en su comparación nos parecen fríos aun los más acalorados discursos que conocemos en los oradores profanos.

3. Otra ocasión extraordinaria en que San Juan Crisóstomo ostentó su variadísima y popular elocuencia fue la célebre sedición de Antioquía. Corría el año 387, segundo de sacerdocio de San Juan Crisóstomo. El Emperador Teodosio, por unas causas o por otras, probablemente por aumentar los fondos públicos, impuso a los antioquenos la carga de un excesivo tributo. Acuden los nobles al Prefecto; mas, en tanto, la turba, irritada, comienza a cometer desafueros; amotinada se presenta en la casa del Prefecto; a duras penas reprimida, busca otro modo de vengarse; apedrea y enloda las imágenes de los Emperadores; derriba las estatuas del mismo Teodosio y de su difunta esposa Flaccila, y las lleva arrastrando por la ciudad, hasta que al fin se vio disuelta, obligada por una banda de saeteros. Entonces fue cuando la audacia se convirtió en temor y en espanto y desesperación.

¿Quién aplacar la irritación de Teodosio? ¿Quién lograr que volviera atrás en su resolución de arrasar la ciudad de Antioquía? Para obtener el perdón, partió de la ciudad a Constantinopla el santo Obispo Flaviano; y en, tanto San Juan Crisóstomo, por los meses de Febrero, Marzo y Abril del mismo año 387, fue improvisando, según eran las noticias y diversos acontecimientos, sus 31 admirables homilías, llamadas Estatuas (ANAPIANTEE), por haberlas ocasionado el furor contra las estatuas de Teodosio y Flaccila, como acabamos de referir.

* * *

Otras ocasiones pudieran añadirse, como la de un terremoto ocurrido en la ciudad de Antioquía, la de la traslación de las reliquias de los Santos Mártires, depositadas en Santa Sofía, etc.; pero en obsequio de la brevedad, no nos queremos extender más ahora. Basta lo dicho para probar que San Juan Crisóstomo dio magníficas muestras de su extraordinaria elocuencia, tanto en las ocasiones ordinarias como en las extraordinarias que se le ofrecieron. La mejor prueba de todo lo dicho es la lectura misma de sus discursos.

III
El modelo de oradores

Con mucho gusto trasladamos aquí un hermoso testimonio tomado de la *Revista popular* [8]. Después de copiar ésta un excelente discurso que Su Santidad León XIII hizo el 4 de julio de 1880 a los señores párrocos, predicadores y teólogos de la sala Ducal del Vaticano, en el que exhorta a todos a predicar la divina palabra, *no con sentencias exquisitas y recónditas, no aderezando el discurso con especiosa pompa, sino* IN SIMPLICITATE SERMONIS, aconsejando, no obstante, *el arte oratorio*, proponiendo por modelos a los Santos Padres y como poderoso auxilio y arsenal de excelente doctrina *los libros inmortales de Santo Tomás de Aquino, sobre todo en aquella parte de sus obras en que trata de las virtudes y de los vicios, y en aquellas otras en que comenta los divinos libros*; añade estas palabras que transcribimos a la letra:

"Mons. Degiovanni y Mons. Tripepi, arrodillándose de nuevo a los pies de Su Santidad, le suplicaron que, así como había designado a Santo Tomás como patrón de los que se dedican al cultivo de la filosofía cristiana, se sirviera designar también al

Santo, bajo cuya especial protección deberían colocarse los oradores católicos.

"León XIII se dignó acceder a la súplica, formulada en nombre de todo el concurso, y haciendo en una admirable peroración un magnífico elogio de San Juan Crisóstomo, dijo que este gran Santo habría de ser en adelante el que tomaran por patrono los que se dedican a la predicación evangélica".

Aunque la *Revista popular* no transcribe las palabras que dijo Su Santidad sobre San Juan Crisóstomo, creemos oportuno copiarlas de la *Civiltá Cattolica* (año 1880, volumen 3.º de la serie 11.ª, pág. 368), donde se hallan, juntamente con el discurso latino de Su Santidad. Las palabras son:

"Ut optatis vestris respondeamus, sacros oratores in fidem ac tutelam collocamus Sancti Joannis Chrysostomi, Ecclesiae Doctoris, *quem omnibus ad imitandum exemplar proponimus*. Hic, ut omnibus exploratum, est, christianorum oratorum est facile princeps; aureum ejus eloquentiae flumen, invictum dicendi robur, vitae sanctitudo apud omnes gentes summis laudibus celebrantur". "Para responder a vuestros deseos, ponemos a los oradores sagrados bajo la tutela y patrocinio de San Juan Crisóstomo, Doctor de la Iglesia, *a quien proponemos como ejemplar que todos imiten*. El es, sin dificultad, como a todos es manifiesto, *el príncipe de los oradores cristianos*; el aureo río de su elocuencia, su invencible fuerza en el decir, la santidad de su vida, las celebran con sumas alabanzas todas las naciones".

No hace falta más para saber quien ha de ser el modelo que debemos seguir en proponer la divina palabra. Acudan a otras fuentes para su daño los que en el modo de tratar las materias *sagradas* (¡ y ojalá que siempre lo fueran!)

"se pierden en un cúmulo" [son palabras de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares 9] "de divagaciones nebulosas y recónditas que están por encima de la capacidad del pueblo", los que no quieren tener "aquel sello sagrado, aquel soplo de piedad cristiana y unción del Espíritu Santo por la que el predicador evangélico debería decir siempre: "Sermo meus... in ostensione spiritus et virtutis", lo que "poco o nada se cuidan de la palabra divina de la Sagrada Escritura, que debe ser la principal fuente de la elocuencia sagrada" y "modernizados en mal sentido en lugar de beber su elocuencia en la fuente de agua viva, la buscan por un intolerable abuso en las cisternas rotas de la sabiduría humana; y en vez de alegar los textos inspirados por Dios o los de los Santos Padres y de los Concilios citan hasta la saciedad a los autores profanos, o escritores modernos y vivos todavía", lo que no saben "tratar los asuntos religiosos sino con relación a los intereses terrenales, y no se remontan a los de la vida futura"; los que "enumeran las ventajas reportadas a la sociedad por la Religión cristiana, y pasan en silencio los deberes que impone"; los que "pintan al divino Redentor todo caridad, y no hacen mención de su justicia"; los que "son tan poco celosos del bien de las almas, que de ellos se puede preguntar: ¿Qué les importe el fruto, si lo que buscan es lisonjear a los oyentes, prurientes auribus; y con tal de ver las iglesias llenas, nada les importa que las almas se queden vacías?"; los que "no

hablan nunca del pecado, ni de las postrimerías, ni de ninguna de las demás gravísimas verdades que podrían causar tristeza saludable, y sólo hablan verba placentía, y aun esto con una elocuencia más tribunicia que apostólica, más profana que sagrada"; los que hablan, finalmente de manera "que su predicación aparece rodeada, tanto en la iglesia como fuera de ella, de cierta atmósfera teatral, que le quita todo carácter sagrado y toda eficacia sobrenatural".

¡A nosotros, Dios nos libre de semejante pestilencia! Y para que no nos suceda lo que a otros predicadores, que las gentes al oírlos *mirabantur, sed non convertebantur*, acudamos a la oración, que ha de ser el primer libro, y a los pies del Crucifijo, que ha de ser el primer libro; acudamos a la Sagrada Escritura; y para entenderla mejor y adquirir, no sólo lo que hemos de decir, sino también la manera santa y elocuente de decirlo, acudamos a los Santos Padres, y en especial, a San Juan Crisóstomo. Sí: San Juan Crisóstomo es el modelo que, como acabamos de ver, propone Su Santidad León XIII a los predicadores evangélicos. Oigamos su voz y hagámonos verdaderos predicadores de Cristo, y Cristo crucificado. Los que vayan por otros caminos que los indicados por la Sagrada Congregación podrán ser buenos hablistas, buenos tribunos y buenos... traficantes de la palabra divina, y aun aplaudidos; porque *stultorum infinitus est numerus*; jamás, nunca jamás buenos predicadores del Evangelio, que prediquen a Cristo, y Cristo Crucificado.

OBRAS DE SAN JUAN CRISOSTOMO

Puédense dividir en tres secciones: *Homilías, Opúsculos y Cartas.*

De las homilías, unas son *exegéticas*, como las 67 sobre el Génesis; las otras 9 homilías separadas sobre el mismo asunto, que forman serie aparte; las 5 homilías sobre Ana, madre de Samuel, y las 3 homilías sobre David y Saúl; las homilías sobre los Salmos; 2 sobre la oscuridad de las profecías; Comentario de Isaías hasta el cap. 8, v.10; 6 homilías sobre el texto de Isaías, c.6; "Vidi Dominum"; 90 sobre San Mateo; 7 sobre el rico y Lázaro; 88 sobre el Evangelio de San Juan; 55 sobre los Hechos de los Apóstoles; 4 sobre el principio del mismo libro; 4 sobre la mudanza de nombres (en la Escritura); 32 sobre la epist. a los Rom.; 44 sobre la 1.ª a los Cor.; 30 sobre la 2.ª íd; 3 sobre las leyes del matrimonio, tomadas de la 1.ª. ep. a los Corintios; 3 sobre las palabras 2 Cor., 4, 13; Comentario sobre la ep. a los Gálatas; 24 homilías sobre la ep. a los Efesios; 15 sobre la ep. a los Filipenses; 12 sobre la ep. a los Colosenses; 11 sobre la 1.ª a los Tesalonicenses; 5 sobre la 2.ª íd.; 18 sobre la 1.ª a Timoteo; 10 sobre la 2.ª íd.; 6 sobre la ep. a Tito; 3 sobre la ep. a Filemón; 34 sobre la ep. a los Hebreos.

Otras son *mixtas*, parte expositivas, parte panegíricas, como las de la Natividad, Bautismo, la última Cena, la Cruz y el buen ladrón, el Cementerio y la Cruz, la Resurrección, Ascensión, Pentecostés.

Otras son *panegíricas*, como las 7 homilías sobre las Glorias y alabanzas de San Pablo, 3 sobre los Santos Mártires, y muchas otras en honor de algunos santos, como San Ignacio; San Babilas, San Filogonio, San Eustatio, San Melecio, etc. A este grupo se pueden agregar las homilías sobre algunos santos del Antiguo Testamento: Job, Eleazar y los Macabeos; y además, la homilía que alaba a *Diodoro,* Obispo de Tarso, y la homilía en que celebra la piedad y victorias de *Teodosio el Grande*.

Otras son *polémicas y dogmáticas*: a este grupo pertenecen 8 homilías contra los Judíos, las 12 contra los Anomeos, y la homilía sobre la Resurrección de los muertos.

Otras pueden llamarse con especial título homilías *morales*, por más que este título convenga más o menos a todas: tales son las dos intituladas Catequesis, en que explica el bautismo y sus obligaciones a los catecúmenos, y además la homilía sobre la continencia, dirigida a los recién bautizados; las homilías sobre la perfecta caridad, sobre la mansedumbre, sobre los diez mil talentos y cien denarios y olvido de las injurias; sobre la oración, sobre las delicias de la vida futura, sobre las calendas, sobre el no predicar para agradar, donde expone los deberes del predicador y de los oyentes; contra los espectáculos, etc., etc. Además, 3 homilías sobre el Demonio Tentador; 9 sobre la Penitencia; 2 sobre la consolación de la muerte.

Otras son *ocasionales*, y difícilmente puede clasificarse de modo que no queden incluidas, en parte, en alguno de los grupos anteriores: v. gr., las 21 homilías intituladas de las Estatuas, pronunciadas con ocasión del célebre tumulto de Antioquía, en que se derribaron y arrastraron por el suelo las estatuas de Teodosio y Flaccila; las homilías sobre el terremoto; las pronunciadas en la traslación de las reliquias de los Mártires en favor de Eutropio, y el día en que fue ordenado de Sacerdote; las de antes y después del primer destierro, etc.

Además de éstas y otras muchas homilías, escribió también muchos opúsculos y libros:

Demostración contra los Judíos y Gentiles "que Cristo es Dios"; falta la 2.ª parte contra los Judíos.

Libro sobre San Babilas, contra Juliano y contra los Gentiles.

Dos libros "ad Theodorum lapsum" [10]. Era Teodoro amigo de San Crisóstomo, que habiendo dejado el foro y hecho voto de continencia, se había retirado a un monasterio de Antioquía, pero, inconstante, volvió a los negocios seculares y se enredó en una mala amistad.

Dos libros sobre la compunción.

Tres libros contra los impugnadores de la vida monástica.

Comparación del rey y del monje.

Seis libros sobre el Sacerdocio.

Un libro sobre la virginidad.

Dos libros a una viuda joven.

Dos libros "de subintroductis [11]".

Que nadie recibe daño sino de sí mismo. Libro escrito en el último destierro

A los que se escandalizaron por las desgracias acaecidas.

A todas estas obras deben agregarse 242 *cartas*, verdaderos monumentos de su fortaleza y constancia inquebrantables.

HOMILIA EN FAVOR DE EUTROPIO EUNUCO, PATRICIO Y CONSUL

La ocasión de esta homilía queda explicada en el prólogo.

El orden de las ideas que en ella se desarrollan es:

I. Las cosas humanas no son sino vanidad de vanidades; testigo Eutropio, que todo lo ha perdido; ¿dónde están los aplausos? ¡Qué importante es la sentencia, *Vanidad de vanidades...!*

II. Tú no hiciste caso de mis consejos; perseguiste a la iglesia, ¿y ahora es la única que te protege?

III. Eutropio es ejemplo de lo voluble de la fortuna: ayer encumbrado, hoy humillado, temblando, pálido, etc.

IV. Esto digo, no por insultarte, sino por mover la compasión de mis oyentes; los que se quejan de que le hayamos recibido en sagrado, no piensan como deben, Eutropio, enemigo de la Iglesia, buscando refugio en ella, la honra; (ilustración con el ejemplo de la Magdalena, que se postró a los pies de Cristo). Eutropio da a todo el mundo esta lección: *No hagáis lo que yo, para que no sufráis lo que yo*; la lección que da es tan interesante, que a oírla ha acudido numerosísimo auditorio.

V. De su caída todos sacan provecho, ricos y pobres; los ricos aprenden la vanidad de las cosas humanas, los pobres la seguridad de la pobreza.

VI. ¿No os habéis movido a compasión? Ya lo dicen vuestras lágrimas. Vamos, pues, a implorar misericordia para Eutropio al Emperador, que no se resistirá, puesto que él mismo ha trabajado por calmar a los soldados irritados contra este infeliz.

VII. Si el Emperador ofendido perdona, ¿por qué no vosotros? Además, acordaos de la petición. *Perdónanos nuestra deudas,* ASI COMO NOSOTROS perdonamos *a nuestros deudores*. El señor dice: *Misericordia quiero, y no sacrificio*. Seamos misericordiosos, si queremos ver a Dios misericordioso.

I

Siempre, ciertamente, pero sobre todo ahora, es oportuno el decir: *Vanidad de vanidades y todo vanidad*. ¿Dónde está ahora la brillante vestidura del cónsul? ¿Dónde las hachas resplandecientes? ¿Dónde

los aplausos, y las danzas, y los convites, y los concursos? ¿Dónde las coronas y los tapices? ¿Dónde el tumulto de la ciudad, y las aclamaciones en las corridas de caballos, y las adulaciones de los espectadores? Todo aquello pasó, y sopló el viento con ímpetu, y arrancó las hojas del árbol, y nos lo mostró desnudo, y le hizo estremecerse desde su misma raíz, y tal fue su empuje, que amenazaba arrancarlo de cuajo, sacando las mismas fibras del árbol. ¿Dónde están ahora los amigos fingidos? ¿Dónde los banquetes y orgías? ¿Dónde el enjambre de parásitos, y la abundancia de vino por todo el día, y las variadas artes de los cocineros, y los que, falsos esclavos del poder, todo lo hacían y decían para adular? Noche era todo aquello y sueño, y llegado el día desapareció; flores eran primaverales, y, pasada la primavera, todas se marchitaron; sombra era, y pasó de largo; humo era, y se disipó; pompas eran y se deshicieron; telas eran de araña, y se desligaron; por esto continuamente entonamos y repetimos esta sentencia del Espíritu Santo: "Vanidad de vanidades y todo vanidad"; por ser tal, que convendría estuviera esculpida en las paredes, y en los vestidos, y en la plaza, y en las casas, y en los caminos, y en las puertas, y en los atrios, y, sobre todo, en la conciencia de cada uno, que siempre la debería meditar; y puesto que habiendo en las cosas tanto de mentira, de máscara y de ficción, la mayor parte las mira como verdaderas, sería bien que cada día en la comida, en la cena, en las reuniones, advirtiera cada uno a su prójimo, y a su vez fuera de él advertido, que no hay sido vanidad de vanidades; todo vanidad.

II

¿No te decía yo continuamente que el dinero es un siervo fingido? Más tu no me querías sufrir. ¿No te decía que es un criado ingrato? Mas tú no te querías persuadir. Y he aquí que la experiencia te ha enseñado de hecho, que no sólo es esclavo fugitivo e ingrato, sino también homicida; porque él es el que ahora te ha hecho temblar y estremecerte. ¿No te decía yo, mientras continuamente me reprendías por decirte la verdad: "yo te amo más que los que adulan, yo que te reprendo te amo más que esos que hacen tu gusto?" ¿No añadía a estas palabras, que "son más de fiar las heridas de parte de los amigos, que los voluntarios besos de los enemigos?" (Prov., 27, 6)., si entonces hubieras aguantado mis heridas, no te hubieran los ósculos de aquellos acarreado ahora la muerte; porque mis heridas dan salud;

pero sus óculos te han causado una enfermedad incurable. ¿Dónde están ahora los coperos? ¿Dónde los que te iban abriendo campo en la plaza, y te decían de parte de todos innumerables encomios? Huyeron renunciaron a tu amistad, buscan su propia seguridad, valiéndose de tu peligro y angustia. Mas nosotros, no así; sino que, ni antes en tu displicente ira te abandonamos, ni ahora en tu caída dejamos de socorrerte y curarte. Y mientras la Iglesia, por ti combatida, ha abierto su seno para recibirte, los teatros por ti tan protegidos, por cuya causa tantas veces te enfurecías contra nosotros, te han hecho traición, y te han arruinado, y a pesar de todo yo no desistía jamás de decirte: "¿Cómo haces eso? ¿No ves que al derramar tu furor contra la Iglesia, te arrojas a ti mismo al precipicio?", pero de nada hacías caso. Y he aquí que ahora los juegos del circo, una vez consumido tu dinero, han aguzado la espada contra ti; mas la Iglesia, que tuvo que aguantar tu intempestivo frenesí, corre y se afana, para poderte arrancar de las redes.

III

Y esto lo digo ahora, no por insultar al caído, sino por asegurar más a los que están en pie; no para restregar las úlceras del herido, sino para conservar en sanidad, sin peligro, a los que aún no están heridos; no para hundir en el fango al náufrago agitado de las olas, sino para amaestrar a los que navegan con viento próspero, de modo que no se sumerjan. ¿Y cómo se podrá conseguir este fruto? Si consideramos las mudanzas de las cosas humanas; porque también éste [12], si hubiera temido la mudanza, no la hubiera tenido que sufrir. Pero ya que él ni por si propio, ni ayudado por otros, se hizo mejor; vosotros, los que os gozáis con las riquezas, sacad fruto de su desgracia: porque nada hay menos firme que las cosas humanas; por eso, nunca se llegará a la realidad de lo que ellas son, sea cual fuere el nombre que se les aplique por su poca estabilidad; bien se las llame humo, heno, sueño, flores primaverales... cualquiera cosa: ¡tan frágiles son, y más nada que la misma nada! Y además de su futilidad tienen evidentemente muchísimo peligro. ¿Quién subió más alto que este infeliz? ¿No recorrió con sus riquezas toda la tierra? ¿No se remontó a la misma cumbre de las dignidades? ¿No temblaban de él todos, y le temían? Mas he aquí que ha llegado a ser más miserable que los encarcelados, y más digno de compasión que los esclavos, y más

necesitado que los pobres consumidos de hambre, pues cada día tiene ante los ojos las espadas aguzadas contra él, el abismo, los vertudos, y hasta el camino que conduce al cadalso, y ni aún se acuerda si se vio en la pasada felicidad, ni goza siquiera de la lumbre del sol; sino que en pleno medio día se ve privado del uso de sus ojos, como encerrado entre paredes y en noche densísima; pero, en fin, por más calamidades que de él digamos, no podremos pintar con palabras el sufrimiento que es preciso experimente al temer cada hora ser muerto. Pero ¿qué necesidad hay de nuestras palabras, si como en una imagen, nos presenta en si mismo la pintura de cuanto digo? Porque ayer, cuando vinieron del palacio imperial a arrastrarle por fuerza, y se refugió en sagrado, su rostro, como también ahora, ninguna ventaja hacía al de un difunto; rechinaba sus dientes, temblaba con agitación todo su cuerpo; su voz entrecortada, su lengua embarazada, y toda su figura tal, cual era razonable la tuviera un alma de piedra.

IV

Y no lo digo por echárselo en cara e insultarle en su infortunio, sino con la intención de ablandar vuestros ánimos, y moverlos a misericordia, y persuadiros a que os contentéis con la pena que le ha sobrevenido; porque habiendo entre nosotros muchos inhumanos, que también contra mi se quejan de que le he recibido en sagrado; queriendo con mis palabras ablandar su dureza, os lo presento delante, y pondero sus infortunios.

¿Por qué te airas, díme, amado oyente mio? –Porque se ha refugiado en la Iglesia, responde, quien continuamente la ha combatido–. antes por eso precisamente convendría glorificar a Dios, pues ha permitido se viera en tal necesidad que aprendiera cuánto es el poder y la caridad de la Iglesia: el poder, si, porque ha sufrido tal trastorno por sus ataques contra ella; su caridad, porque, atacada por él, ahora le ofrece el escudo, y le ha recibido bajo sus alas y le ha colocado en seguro, sin acordarse en nada de los males pasados, antes abriéndole su seno con entrañable amor. Este es el trofeo más ilustre, ésta la más gloriosa victoria, ésto es lo que confunde a los gentiles, ésto es lo que avergüenza a los judíos, ésto es lo que les muestra el apacible rostro de la Iglesia, que, teniendo al enemigo cautivo, le perdona, y mientras todos los demás le han despreciado y dejado solo, únicamente ella, como cariñosa madre, le ha ocultado con su propio manto, y ha hecho

frente a la ira del Emperador y al furor e insufrible odio del pueblo; éste es el verdadero ornato del altar. –¿Qué honor, dirá alguno, que toque el altar un criminal, avaro y ladrón?– No digas eso. Porque también la mala mujer, aquella mujer execrable e impura, tocó los pies de Cristo, y no fue este suceso digno de reprensión en Jesús, sino de admiración y grande alabanza; porque no dañó al puro la impura, sino que el puro e inocente hizo con su contacto pura a la fornicaria. No te acuerdes ¡oh hombre! de las injurias; siervos somos de aquel que crucificado decía: *Perdónalos, porque no saben lo que hacen* (Luc., 23, 34).

Pero es que cerró como con un muro, dirás, la entrada a este lugar de refugio, con diversos decretos y leyes. –Pero mira, ya por el hecho ha entendido lo que hizo, y él ha sido el primero en destruir, con lo que acaba de hacer, su propia ley, y se ha convertido en espectáculo de toda la tierra, y en su mismo silencio lanza desde ahí estas voces, con que a todos exhorta: *No hagáis lo que yo, para que no sufráis lo que yo.*

Hase convertido en maestro con el infortunio, y el altar despide rayos de singular resplandor, y se manifiesta ahora como nunca terrible, por tener junto a si encadenado al león; porque grande es el honor que se hace a la efigie del Emperador, no sólo cuando aparece sentado sobre el trono, ceñido de púrpuras y coronado con la diadema, sino también cuando a sus pies yacen los bárbaros, atados a la espalda los brazos e inclinadas al suelo las cabezas.

Ni ha tenido necesidad de valerse para convocaros de la persuasión de las palabras; testigos vosotros con vuestra prontitud en concurrir.

Es, en efecto, brillante el espectáculo, ilustres la concurrencia de hoy; pues la mansedumbre de pueblo que ahora veo no es menor que la que ví reunida en la Sagrada Pascua; de tal manera este infeliz con su silencio mismo os ha convocado, emitiendo una voz más penetrante que la de una trompeta; y dejando las doncellas su retiro y las matronas los gineceos, y los hombres la plaza, todos habéis concurrido aquí, a ver la naturaleza humana confundida, y expuesta en su desnudez a la vista de todos la inconstancia de las cosas humanas, y aquel su rostro impuro que ayer y anteayer tanto resplandecía (porque tal es la felicidad que nace de las injusticias, más deforme que cualquiera viejezuela llena de arrugas), borrados ya por el infortunio como con una esponja los afeites y coloretes.

V

Tal ha sido el poder de este infortunio, que al que hace poco resplandecía y brillaba le ha hecho aparecer ahora más despreciable que ningún otro. Si ha entrado aquí algún rico, saca gran provecho, porque viendo al que conmovía la tierra derribado de tal altura, y encogido, y más tímido que una liebre y una rana, y sin ataduras atado a esta columna, y cohibido como con cadenas por el temor, y amedrantado y tembloroso, reprime su vanidad, deja la hinchazón, y pensando lo que conviene sobre las cosas humanas, se retira después de aprender en los hechos lo que con palabras nos dice las Escrituras: "Que toda carne es heno, y toda la gloria del hombre como la flor del heno; y marchitóse el heno, y su flor vino a tierra" (Isaías, 40, 7), "que como el heno pronto quedarán marchitos, y que como hojas de grama pronto vendrán a caer; que como humo son sus días" (Sal. 36, 2) y otras cosas parecidas. A su vez, si ha venido algún pobre y ha mirado a ese rostro, no se desprecia ya a si mismo, ni se entristece por la pobreza, sino que hasta se reconoce deudor a ella, porque se ha convertido para él en lugar de refugio, y puerto sin olas, y muralla segura; y mil veces, al ver esto, preferirá permanecer donde está, que recibir todas las riquezas para breve tiempo, y al fin verse a si propio en peligro de la misma vida. ¿Ves cómo de haberse éste refugiado aquí no ha sido poca la ganancia que ha resultado para los ricos y para los pobres, para los humildes y para los encumbrados, para los siervos y para los libres? ¿Ves cómo cada uno se retira de aquí con saludable remedio y curado con sólo la vista de éste?

VI

Decidme: ¿He calmado ya vuestro furor y desvanecido la ira? ¿He extinguido ya el fuego de vuestra inhumanidad? ¿Os he ya movido a compasión? Así lo creo, y bien lo muestran vuestros rostros y las fuentes de lágrimas que os están corriendo. Ya, pues, que la piedra se nos ha convertido en suelo profundo y fértil; ea, produzcamos también el fruto de la misericordia y mostrando en nosotros, como abundante mies, el fruto de la compasión, postrémonos ante el Emperador, o más bien, invoquemos a nuestro benigno Dios, para que aplaque la ira del Emperador y ablande su ánimo, de modo que nos conceda gracia completa. Y, por cierto, que ya desde el mismo día en que este infortunado se acogió a este lugar, no fue pequeña la mudanza del

Emperador; pues cuando supo que corrió a buscar auxilio en este lugar de refugio, en presencia del ejército que estaba irritado por los desmanes de éste y le pedía para la muerte, hizo un largo razonamiento, calmando el furor de los soldados, y pidiéndoles no se acordaran tan sólo de lo malo, sino también de lo bueno, si algo había, que éste hubiera hecho, reconociéndose agradecido por lo uno, y perdonándole por lo demás como a hombre.

Pero como ellos persistieran en pedir justicia contra el ultraje del Emperador, clamando, saltando de furia, pidiéndole para la muerte y agitando las lanzas, el Emperador, derramando de sus benignísimos ojos fuentes de lágrimas, hízoles recordar como éste se había acogido a la sagrada mesa, y pudo así calmar el furor.

VII

Ahora bien, hagamos también nosotros algo de nuestra parte: porque, ¿qué indulgencia, si mientras el Emperador, que recibió la injuria, no se acuerda de ella, vosotros, sin haber padecido nada semejante, mostraséis tan vivo resentimiento? Y ¿cómo, después que se disuelva esta reunión, podréis llegaros a los santos sacramentos, y decir aquella oración, en la que se nos manda repetir, *perdónanos, como nosotros perdonamos a nuestros deudores*, si exigís justicia contra vuestro deudor? ¿Ha cometido grandes injusticias y desafueros? Tampoco yo lo negaré. Pero no es este tiempo de justicia, sino de misericordia; no de cuentas, sino de benignidad; no de examen, sino de perdón; no de enjuiciamiento y castigo, sino de piedad y gracia. Nadie, por consiguiente, se encienda en ira ni quede resentido; antes por el contrario, supliquemos a nuestro amoroso Dios que le alargue la vida y le arranque de las garras de tan inminente muerte, para que se despoje de sus culpas. Y todos a una dirijámonos a nuestro benigno Emperador y supliquémosle que por la Iglesia, por el altar, haga gracia de la vida de un hombre a la sagrada mesa. Si esto hiciéremos, el mismo Emperador nos recibirá, y Dios, mejor que el Emperador, nos alabará, y por esta caridad nos concederá grande recompensa. Porque así como aparta de sí y aborrece el duro e inhumano, así al misericordioso y caritativo le junta consigo y le ama; y si es justo, le entrelaza coronas más brillantes; si pecador, se olvida de sus pecados, dándole esta recompensa por la compasión para con su consiervo; porque *misericordia quiero*, dice y *no sacrificio* (Os., 6, 6). Y en cualquiera

de la Escritura puedes ver como siempre exige lo mismo, diciendo que en esto está la remisión de los pecados. De este modo, por consiguiente, también nosotros le haremos propicio, de este modo obtendremos perdón de nuestros pecados, de este modo honraremos a la Iglesia, de este modo mereceremos también las alabanzas del Emperador, como antes he dicho, y nos aplaudirá todo el pueblo y admirarán los términos de la tierra, la benignidad y mansedumbre de la ciudad, y viendo los habitantes de todo el mundo lo que ha sucedido, pregonarán con elogio nuestros nombres. Al fin, pues, de que gocemos de tales bienes, postrémonos, invoquemos, roguemos a Dios, arranquemos de este peligro al prisionero, al fugitivo, al esclavo, para que también nosotros gocemos de los bienes venideros, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILIA CONTRA LOS ESPECTACULOS

El título es HOMILIA DIRIGIDA A LOS QUE, DEJANDO LA IGLESIA, SE FUERON A LAS CORRIDAS DE CABALLOS Y ESPECTACULOS

El motivo de esta homilía queda expuesto en la Idea general, II, § 2.º, 2, pág. 24.

El curso de la homilía es el siguiente:

I. Empieza con un exordio *ex-abrupto* vehementísimo: "¿Esto se ha de tolerar?" Acomoda a sus propósitos las palabras de Dios a los hebreos: *Pueblo mio, ¿qué te he hecho?* Describe los gritos desaforados de los espectadores de los juegos, y se compara a si mismo con un navegante azotado por violento oleaje. Síguese una hermosa ficción oratoria, "si algún extraño", etc., en que pondera cuán indignamente obraron los cristianos de Constantinopla, ciudad de los Apóstoles, y esto, no cualquier día, sino el Jueves y Viernes Santo, y vuelve a repetir las palabras: *¿Esto se ha de tolerar?*

II. Describe con mucha viveza cómo por una violenta tempestad habían tres días antes acudido a implorar el auxilio divino y lo obtuvieron. Con esto hace resaltar mucho más la ingratitud y ceguedad de los que al momento se olvidaron de esto, y se fueron a las carreras de caballos. Por medio de una interrogación muy picante les dice cuánto mejor hubiera sido sojuzgar las pasiones indómitas, que ver carreras de caballos.

III. Dios nos pedirá cuentas de todos los días de la vida: ¿qué le responderemos del día de los espectáculos? Patética enumeración de los beneficios de Dios y oposición de nuestra ingratidud. Pondera cómo no se contentaron con el primer día, sino que fueron a los espectáculos también el siguiente. Sentida descripción de los padres que llevaban de la mano a sus hijos.

IV. Objeción: ¿Qué mal hay e esto? Respuesta: Los que tal dicen están ciegos. Cristo dice: Quien mira lascivamente, peca. Objeción: No mira lascivamente. Respuesta con más energía: No me lo podrás persuadir, dada la fragilidad humana y el gravísimo peligro del teatro. Frutos perniciosos que de él se siguen, mientras permanecen en la fantasía aquellas imágenes impuras.

V. Extraña ceguedad del hombre que voluntariamente busca su perdición; y, como voluntariamente está enfermo, no quiere medicina para su mal. Mas ya desde ahora sufre el castigo, y después no podrá presentarse en la gloria.

VI. Estoy viendo la impresión que os causan mis palabras; creo que muchos de los que lloran no son culpados, y por eso me da más pena que haya el diablo metido sus garras en un rebaño como éste. Pero ahora es ya de cerrarle las puertas. Objeción: "Son pocos los extraviados". Respuesta: Aunque fuera uno, pues por él dio el Padre Eterno a su Hijo Unigénito.

VII. A fin de evitar semejante mal para en adelante, voy a hacer uso de mi potestad (sustentación oratoria, que termina con la formal excomunión de los culpados); para ganar a vuestros hermanos debéis, por ahora, separaros de ellos; el que se junte con ellos será ante Dios tenido como cómplice. Yo, sobre todo, debo en estos casos obrar con toda libertad, porque he de dar cuenta, no sólo de mi alma, sino también de la vuestra, y jamás dejaré de hacer lo que debo, aunque sea cosa muy áspera. ¡Ojalá pronto vuelvan al redil los descarriados!

I

¿Esto se ha de tolerar? ¿Esto se ha de consentir? Y ante vuestra propia conciencia quiero citaros a juicio. Así lo hizo también Dios con los hebreos, porque haciéndolos a ellos sus propios jueces, les decía: *Pueblo mío, ¿qué te he hecho en qué te he contristado, o en qué te he causado enojo? Respóndeme* (Miqueas, 6, 7). Y de nuevo: *¿Qué culpa hallaron en mí vuestros padres?* A él, pues imitaré también yo y os diré por segunda vez. ¿Esto se ha de tolerar? ¿Esto se ha de consentir? Después de tan largas series de sermones y de tantas instrucciones, nos dejaron a nosotros y, tránsfugas, se fueron a ver los certámenes de caballos, y tan furiosos andaban, que llenaron toda la ciudad de clamores y gritos desaforados que excitaban mucha risa, o mejor dicho, llanto! Yo, entonces, sentado en mi casa, al oír aquel clamor tan sin concierto, sufrí más que los que se ven agitados por el oleaje. Porque así como estos, al ver como las olas se quiebran en los costados de la nave, se estremecen por lo inminente del peligro, así, cuando herían mis oídos aquellas oleadas de gritos, miraba al cielo, y cubría mi rostro; y mientras tanto, los unos en los palcos se portaban tan sin juicio, y los otros abajo en medio de la plaza aplaudían a los aurigas, voceando todavía más que ellos. Y ¿qué responderemos o cómo nos defenderemos si algún extraño, presentándosenos delante, nos llamare y dijere: *¿Esto hace la ciudad de los Apóstoles* [13]. *¿la que tuvo tal doctor* [14]*? ¿Esto, el pueblo amante de Cristo, teatro no material, sino espiritual?* ¡Y ni siquiera respetastéis el día en que se conmemoraban los misterios de nuestra redención! sino que el Viernes Santo, cuanto tu Señor era crucificado por el mundo, cuando era sacrificada tal víctima, y se abría el paraíso, y era restituido el ladrón

a su antigua patria, y (Galat., 3, 3) se borraba la maldición, y desaparecía el pecado, y se anulaba la guerra temporal, y se reconciliaba Dios con los hombres, y todo volvía a su orden, en aquel día, cuando se debiera ayunar, y glorificar a Dios, y enviarles oraciones en acción de gracias por haber hecho tan inmensos bienes al mundo...; entonces, tú ¿dejas la Iglesia, y el sacrificio espiritual, y la reunión de tus hermanos, y la gravedad del ayuno, y cautivo del demonio, te lanzas a aquellos espectáculos? ¿Esto se ha de tolerar? ¿Esto se ha de consentir? Porque no cesaré de decir esto continuamente y desahogar de esta manera mi pena, no reprimiéndola en silencio, sino poniéndola en medio y delante de vuestros ojos. ¿Cómo podremos en adelante hacer a Dios propicio? ¿Cómo aplacar sus iras?

II

Tres días hace que rasgadas las nubes se deshicieron en tormentas y lluvias, destrozándolo todo, arrancando, por decirlo así, el alimento de la misma boca de los labradores, derribando las doradas espigas, corrompiéndolo todo por el avaro ímpetu de la inundación; hiciéronse letanías y rogativas, y toda nuestra ciudad, como un torrente, corría a los lugares de los Apóstoles, y escogimos por protectores a San Pedro y al bienaventurado San Andrés y a los Santos Apóstoles Pablo y Timoteo. Después de esto, aplacada la ira divina, atravesando el mar y atreviéndonos con el oleaje, corrimos a los príncipes de los Apóstoles San Pedro, base de nuestra fe, y San Pablo, vaso de elección, haciendo una fiesta espiritual, y pregonando sus combates, sus trofeos y sus victorias contra los demonios. ¿Y no ha sido bastante ni el terror por lo sucedido para reprimirte, ni la grandeza de los Apóstoles para amaestrarte, y no hace más que pasar un día, y sales fuera de ti, y voceas, despreciando a tu alma maltratada y cautiva de los apetitos? Si querías ver corridas de irracionales, ¿por qué no unciste tus apetitos irracionales, tu ira y tu concupiscencia? ¿Por qué no les pusiste el freno de la razón, provechoso y blando, ni te sobrepusiste a ellos por el recto juicio, ni corriste al premio de la vocación de la gloria, no corriendo de vicio en vicio, sino desde la tierra al cielo? Ese si que es género de corridas, que trae, además de la satisfacción, mucha utilidad.

Pero tú, dejando de alcanzar, como era sencillo y natural, los premios que tenías en tu casa y en ti mismo, te sentaste a ver la